

Los Ángeles y astronautas de Germán Pardo García

James W. Robb

The George Washington University

Washington, D.C., USA

Poeta clásico y moderno, poeta de la soledad y de la humanidad, poeta cabal en su entrega total a la Musa: Germán Pardo García. Poeta etéreo, poeta de las alturas: en él hablan el alto páramo colombiano y la "transparente" meseta mexicana como simbólicamente la bautizó Alfonso Reyes. Poeta de tierra y de cielo, pues lo eleva su Musa pura desde las sencillas esencias del terruño hasta los misterios de la nueva era espacial. Clásico en su respeto por los metros tradicionales, por su arraigo ideal en las culturas de Grecia, Roma, España. Moderno en su asomo a la edad científica y a sus inquietudes metafísicas. Noble en su preocupación humanitaria despertada por los peligros de la era atómica, inspirada por las presencias de Juan XXIII y Juan el Irlandés (J.F. Kennedy)¹.

Alma esencialmente solitaria, su biografía espiritual es la de un niño criado en la soledad que llegó a ser hombre en lucha con las materialidades de la vida para mantener limpia y pura su vocación de poeta. Entre la abundante obra poética emergida a lo largo de cincuenta años de su lucha de "Jacob con el Ángel", destacamos el primoroso sonetario *Los ángeles de vidrio* (México: Cultura, 1962) como punto de enfoque para puntualizar algunos aspectos de su esencia como poeta de lo etéreo, poeta de tierra y cielo, poeta del ayer, del hoy y del mañana.

Primero una rápida ojeada al fondo autobiográfico que inspiró este libro tan empapado en las raíces colombianas del poeta, a través de dos preciosas cartas

suas que nos dirigió desde su tierra adoptiva de México, los días 30 de septiembre y 13 de octubre de 1967, respectivamente:

Gracias por sus dos cartas que contesté brevemente, porque estoy realizando una fulgurante campaña para que *Nivel*² no se hunda. Voy triunfando. Todavía el viejo montador de caballos bravos no se rinde.

Nací en Ibagué. Pero como a los dos años quedé huérfano, el Magistrado Pardo se trasladó desde esa ciudad a Bogotá y a sus pequeños hijos los mandó al pueblcito de Choachí, en ese entonces de 150 personas, ángeles de vidrio, y ahí me formé y en las estribaciones del páramo, en donde mi padre había nacido.

"No quien naces sino con quien paces", dice el sabio refrán español. Soy, pues, de Choachí. Ibagué es una hermosa ciudad de Colombia, pero para mí nada quiere decir. Choachí, que en lengua indígena chibcha quiere decir "ventanita de la luna", es mi patria. Y no se pronuncia Choachí, sino "chiguachí". Eso en puro chibcha.

En cuanto tenga tiempo voy a hacer sacar una copia de la foto que le mostré, del pueblcito adoptivo de Choachí, tal como era en 1913, año en que hube de escaparme de la escuelita que estaba al lado de la pequeña iglesia, porque el maestro, un indio chibcha llamado Marco Tulio Sogamoso, me pegó con una vara de rosa. Huí de la escuelita y de la triste casa paterna en donde una madrastra me hostilizaba y me escondí en una cueva del páramo de Quifones, por espacio de mes y medio. De allá me saca-

1 V. "Máter et magistral", en *Los relámpagos* (1965); "Colinas de Arlington", en *El defensor* (1964); recogidos en *Apolo Pankrátor* (1915-1975), México: Libros de México, 1977, 1.364 pp., bella edición de la obra poética de Germán Pardo García hasta 1975, y que contiene el bosquejo autobiográfico "Un hombre al desnudo".

2 *Nivel*, la extraordinaria "Gaceta Literaria" dirigida por Germán Pardo García desde México, por muchos años.

ron, mi padre en persona, que fue de Bogotá con el fin de buscarme y me encontró con ayuda de expertos en las brumas del páramo y sobre todo con el auxilio de perros de caza. Así me encontraron: con perritos y me dieron casa [-caza] como a un conejo.

Ya había escrito pequeños poemas.
Y aún aguanto...

Ahora a ver cómo se transluce, a través de los años y del espacio, en el primer cristalino soneto de *Los ángeles de vidrio*³ en su *Apolo Pankrátor*, 1977, p. 721; el poemario completo, pp. 721-756. la nostálgica emoción de su pueblo de Choachí, depurada de toda amargura o resentimiento infantil, transfigurada en cariño y sentido de lo etéreo:

Verdes montañas de la estirpe mía.
Pueblo de adobe en donde yo nací.
Retablo de naranjas: ¿todavía
tus ángeles de vidrio están allí?

Cada uno de esos ángeles tenía
luceros en los ojos y les vi
volar al sol del levantino día,
una ala azul y la otra de rubí.

Arcángeles de vidrio, humilde gloria
de mi casta tragal y de la escoria
del pueblo oscuro en donde yo aprendí

que la vida es frutal y vive aliada
al pedazo de carne macerada
y al pan con aceitunas que comí.

En los dos versos iniciales, el poeta se sitúa frente a su universo en términos de honda raigambre e identificación con las verdes montañas de su terruño, con aquel pueblo "en donde yo nací", es decir, en donde nació no física sino espiritualmente, como ya en su epístola nos lo señaló don Germán: "Retablo de naranjas: ¿todavía/tus ángeles de vidrio están allí?": La presencia de aquel pueblo se cristaliza en la memoria en torno a un retablo formado de figurillas de ángeles construidas de vidrio por los pueblerinos, colocado en el altar de la iglesia.

"Cada uno de estos ángeles tenía/luceros en los ojos y les vi/ volar al sol del levantino día./ un ala azul y la otra de rubí": Estos angelitos de vidrio se convierten en símbolos de los habitantes del pueblecito, seres a la vez terrestres y celestes que tienen astros rutilantes en los ojos. El poeta se eleva volando con ellos de tierra a cie-

lo a unirse con el sol naciente, o sea que a través de estos ángeles da el salto de materia a espíritu y se define a sí mismo en torno a un eje cuyos polos están en tierra y cielo, tomando la forma fluida y etérea de los ángeles voladores, ángeles de alas multicolores que ven con estrellas y vuelan entre los orbes celestes. Ángeles superlativos que paradójicamente proceden de este pueblo humilde ligado entrañablemente a la materia, a la vida vegetal y animal que el poeta conoció en su niñez:

Recuerdo en mi ternura aquellos seres
pobladores de un burgo alondra y miel
A sus asnos, sus míseros talleres,
sus cultivos de anís y betabel

Los saludaba en los amaneceres,
junto a un antiguo y celestial laurel.
Los despedía en los anohecidos,
bajo la ramazón de un oyamel.

Siempre en torno a su pueblo. Su destino
fue su pueblo, sus cabras, su molino,
sus hornos bajos donde yo les vi

transfigurar el vidrio y a su escoria
convertirla en arcángeles de gloria,
una ala azul y la otra de rubí.

Esta vinculación con la vida vegetal tiende el puente a un soneto posterior del mismo libro, "Al ángel de los jardines", en donde el poeta logra —con los neologismos verbales *endáliame*, *naranjiza*, *gladiólame*, *codorniza*, *caméliame*, *magnoliza*...— expresar su perfecta asimilación espiritual a los procesos de la naturaleza y la divinización de éstos:

Endáliame las manos. Naranjiza
la sed a mis amargas comisuras.
Gladiólame las nébulas oscuras.
Suavemente los ruidos codorniza.

Caméliame el silencio. Magnoliza
mi piel, y en tanto que su ardor saturas,
derrámale llantén y olivaturas,
y a mis plantas el polvo treboliza.

Cubre mis hombros de limón y menta.
Del sen y la balsamina yo sienta
por ti, el aroma, al exhalar profundo.

Y así, de ramos y de frutas lleno,
sacúdeme, ¡oh arcángel de centeno!,
como a una inmensa floración del mundo.

3 GPG, *Los ángeles de vidrio*, México: Cultura, 1962; recogido en su *Apolo Pankrátor*, 1977, p. 721; el poemario completo, pp. 721-756.

Y al mismo tiempo los sencillos y ordinarios individuos del pueblo se transforman cada uno en arcángel:

El arcángel Juan

Juan era el nombre más distribuido.
El molinero se llamaba Juan,
y el albañil y el leñador fornido.
Seres que ahora en el sepulcro están.

Se me grabó su nombre en el oído.
Sus cuatro letras con sabor a pan.
El arcángel de todos conocido:
el aguador y el ciego y el gañán.

Cuatro letras, cual la palabra vida.
Proclámalas mi voz empueblecida.
Son a mi puerta y el único guardián.

Y si alguien me pregunta: ¿adónde has ido?
respondo desde un sueño y distraído:
¡vengo de casa del arcángel Juan!

Otros sonetos de este rosario de cincuenta sonetos se van encadenando, llevándonos a las alturas, en diversas direcciones, a otras tierras y a través de múltiples dimensiones, revelando entre tierra y cielo infinitas presencias de ángeles y arcángeles: "Ángeles al campanario", "Ángeles en sus sepulcros", "Pastor de ángeles", "Arcángel de los vientos", "Ángeles de la amistad", "Ángeles enterradores", "Ángeles del colmenar", "Ángeles sobre Inglaterra", "Arcángela del mar", "Ángeles en Salamanca", "Ángeles en prisión", "Ángeles indios", "Ángeles en sus cruces", "Ángeles de la soledad", "Al ángel de la quietud", "Al ángel de la Harmonía", "A los ángeles del ocaso", "A los ángeles nocturnos", "Al ángel del Sueño"... —pero dos de estos sonetos del poeta de lo etéreo nos enlazan con el poeta de la era atómica y de la exploración científica de la edad espacial: otro avatar del mismo Pardo García. El segundo se titula "Al ángel nuclear":

Resplandece de hidrógeno y su llama
lo inviste y jerarquiza y lo carbura.
En el centro brutal de la estatura,
motorizado el corazón le brama.

¡Quiero morir!, atormentado exclama
¡El fuego me enceguece y me tortura!
¡oh lívida mecánica, oh pavura
que en átomos su cólera derrama!

Quiere morir, pero incombusto vuela.
Y al arrastrar la propulsora estela,
encumbra al sol su enfurecido ruego.

Y cuando el astro nuclear lo incauta,
los ojos del terrible celenauta
se transforman en bólidos de fuego.

—recordando su "Atómica flor" (de *Poemas contemporáneos*, 1949)⁴ que advirtió ante el cataclismo de Hiroshima que "Esa flor homicida preside inexorable nuestros actos".

Es decir, que en esta nueva era en que la curiosidad y los atrevimientos científicos del hombre actual vienen al encuentro de los sueños poéticos del poeta de antaño, Germán Pardo García es el poeta de esta nueva era en que nos encontramos frente al abismo entre creación y autoaniquilación, igualmente al alcance del hombre. El poeta, prototipo humano y profeta, se vuelve entonces celenauta, astronauta, cosmonauta. Y así lo hemos visto en su poema *Cosmonauta*.⁵

¡Adiós, oh Tierra desgarrada!
¡No me pudiste fascinar
ni con tus ríos ni con tus montes,
porque mi corazón ansía más!

No soy Gagarín, el intrépido,
ni el rudo Glenn intemporal.
Soy el Poeta que se lanza
contra el Abismo, y más allá.

¡El verdadero cosmonauta!
El visionario que jamás
se ha doblegado ni un segundo
sobre sí mismo a descansar.

¡Tengo más ira que vosotros,
seres mecánicos que vais
acorazados y con válvulas,
y entre paredes de metal!

He derrotado los teoremas
y soy el rostro de Pascal
enloquecido por los astros.
¡Soy el Vidente Innumeral!
¡El Matemático Divino!
¡El Pitagórico estelar!

Este poeta astronauta no sólo se identifica con el hombre-astronauta actual y poetiza o capta la poesía de

4 "Atómica flor", *Poemas contemporáneos*, recogido en *Apolo Pankrátor*, pp. 798-799.

5 "Cosmonauta", México: Cultura, 1962 (recogido en *El defensor* y en *Apolo Pankrátor*, pp. 798-799).

su experiencia, sino que va más allá, lo supera en su materialidad mecánica por el puro conocimiento.

Pero, al mismo tiempo, el poeta-astronauta Pardo García acompaña en sus vuelos poéticos a los propios hombres-astronautas en sus exploraciones por "el espacio", anticipando curiosamente, en este soneto del libro de 1962 (primero de los dos arriba aludidos), algunos detalles asociados con el primero y segundo verdaderos aterrizajes lunares de 1969:

En la luna hay arcángeles

A unos cuantos kilómetros apenas
del cráter de Copérnico, el divino,
se alza un monte de níquel y platino
que fulge más entre las lunas llenas.

De pronto, y semejantes a azucenas
emergidas de un valle submarino,
pájaros de color verde-acerino
rapidizan sus pálidas antenas.

Son ellos, los arcángeles lunarios,
los que estaban desnudos, solitarios,
fijos en su metálica laguna,

pero que huyen si un ruido los aterra,
cada vez que un disparo de la Tierra
sacude las entrañas de la Luna.

Se recordará que los astronautas del segundo viaje lunar en 1969 hicieron su alunizaje precisamente junto al cráter de Copérnico, y que más recientemente se habló al menos de la posibilidad de lanzar una explosión atómica a la luna.

No nos ha de extrañar, entonces, que don Germán se hubiera adelantado a alcanzar a los mismos astronautas, publicando (simultáneamente en Colombia y en México) en el día exacto de la primera llegada del hombre a la Luna el primer poema de su tríptico titulado *Apolo Lunario*:

Únicamente tú, ¡Padre de la Esencial Hermosura!
sólo en tu nombre lleno de laureles dinámicos,
podíamos sembrar los pies deliberantes,
hondos cual nuestro pensamiento,
en la gris superficie lunaria
donde toda criatura se ayerma...⁶

Así Germán Pardo García, "ángel" y "astronauta" de la Poesía.

6 "Antistrofa a Apolo Lunario", *El Nacional*, México, Suplemento Dominical, 27 julio 1969, p. 8; y en *Nivel*, México, 2a. época, No. 79 (julio 1969), pp. 6-7; recogido en *Apolo Thermidor*, México: Libros de México, 1971, y en *Apolo Pankrátor*, p. 1070. Los tres poemas, "Antistrofa a Apolo Lunario", "Apoteosis", "Crepúsculo 2000", recogidos en *Apolo Thermidor*; y en *Apolo Pankrátor*, pp. 1070, 1074, 1091. También véase "El tercer hombre", *Apolo Pankrátor*, p. 1097 y sigs.